



SARAH J. MAAS

CORTE
UNA
DE NIEBLA
Y
FURIA

CROSS
BOOKS

SARAH J. MAAS

CORTE
UNA
DE
NIEBLA
Y FURIA



Crossbooks, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *A Court of Mist and Fury*
© Sarah J. Maas, 2016
© de la traducción: Mágara Averbach, 2016
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2017
ISBN: 978-84-08-17000-6
Depósito legal: B. 10.323-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO

1

Vomitó en el baño, agarrada al contorno frío del inodoro, tratando de contener los sonidos del estómago.

La luz de la luna caía sobre la enorme habitación de mármol; la única iluminación en ese lugar mientras yo lo devolvía todo en silencio, hasta el final.

Cuando me desperté bruscamente, Tamlin no se movió. Y cuando no pude diferenciar entre la oscuridad de mi cámara y la noche infinita de los calabozos de Amarantha, cuando el sudor frío que me cubría el cuerpo me pareció la sangre de esos inmortales, salí corriendo hacia el baño.

Estuve ahí unos quince minutos, esperando que las arcadas acabaran, que los temblores se hicieran cada vez menos frecuentes y desaparecieran, como ondas sobre una laguna.

Me apoyé en el material frío, jadeando, contando las respiraciones.

Solo una pesadilla. Una de muchas —y las tenía tanto dormida como despierta—, una de las muchas que me perseguían en esos días.

Habían pasado tres meses desde Bajo la Montaña. Tres meses de ajustarme a mi cuerpo inmortal, a un mundo que luchaba por volver a poner todas las piezas en su lugar después de que Amarantha lo hiciera pedazos.

Me concentré en inspirar por la nariz, soltar el aire por la boca. Una y otra vez.

Cuando me pareció que ya no iba a vomitar más, me levanté despacio..., pero no fui muy lejos. Solo hasta la pared más cercana, cerca de la ventana rota, porque ahí veía el cielo de la noche, porque ahí era posible que la brisa me acariciara la cara pegajosa. Recliné la cabeza

contra la pared, apoyé las manos sobre el suelo de mármol congelado. Real.

Eso era real, sí. Había sobrevivido; había salido viva de Bajo la Montaña.

A menos que esto fuera un sueño..., un sueño febril en los calabozos de Amarantha, y yo me despertara en mi celda y...

Me llevé las rodillas al pecho. Real. Era real.

Mastiqué la palabra.

La mastiqué hasta que conseguí soltar las piernas y levantar la cabeza. El dolor me atravesó las manos... De alguna forma, había apretado tanto los puños que las uñas casi me habían perforado la piel.

Fuerza inmortal..., más una maldición que un regalo. Había abollado y estropeado toda la vajilla de plata que toqué durante los primeros tres días en la Corte Primavera, había tropezado sobre esas piernas más rápidas, más largas, con tanta frecuencia que Alis sacó todos los objetos valiosos de mis habitaciones (se puso particularmente gruñona cuando volqué una mesa con un florero de ochocientos años de antigüedad) y rompí no una, no dos, sino cinco puertas de cristal solamente porque las cerré con demasiada fuerza sin darme cuenta.

Respiré por la nariz y abrí los dedos.

La mano derecha era lisa, suave. Totalmente fae.

Levanté la izquierda y la doblé y vi las espirales de tinta negra que me cubrían los dedos, la muñeca, el brazo hasta el codo, empapados de la oscuridad de la habitación. Daba la impresión de que el ojo en el centro de la palma me miraba, tranquilo y astuto como un gato, la pupila más grande que un rato antes ese mismo día. Como si se ajustara a la luz, como si fuera cualquier otro ojo.

Lo miré con furia.

Miré con furia a lo que fuera que estuviera vigilándome a través del tatuaje.

No había sabido nada de Rhys en los tres últimos meses. Ni un susurro. No me había atrevido a preguntarles a Tamlin o a Lucien o a cualquier otro..., no fuera a ser que la pregunta convocara al alto lord de la Corte Noche, le recordara de alguna forma el estúpido trato que yo había hecho con él en Bajo la Montaña: una semana de vida con él todos los meses a cambio de salvarme, de librarme de cruzar el umbral de la muerte.

Pero aunque Rhys se hubiera olvidado (lo cual sería un milagro), yo no lo conseguía. Ni Tamlin ni Lucien ni ningún otro. No con ese tatuaje a la vista.

Aunque Rhys, al final..., aunque no hubiera sido exactamente un enemigo.

Para Tamlin lo era. Para cualquier otra corte. Muy pocos cruzaban las fronteras de la Corte Noche y vivían para contarlos. Nadie sabía lo que había realmente en la parte norte de Prythian.

Montañas y oscuridad y estrellas y muerte.

Pero yo no me había sentido enemiga de Rhys cuando le hablé por última vez en las horas que siguieron a la derrota de Amarantha. Y después no le había contado nada a nadie sobre ese encuentro, ni lo que él me dijo ni lo que yo le confesé.

«Agradece que tienes ese corazón humano, Feyre. Deberías sentir lástima por los que no sienten nada.»

Cerré los dedos en un puño y así tapé ese ojo del tatuaje. Me puse de pie y dejé correr el agua del inodoro antes de inclinarme sobre el lavamanos y enjuagarme la boca, después la cara.

Ojalá no sintiera nada. Ojalá mi corazón humano hubiera cambiado con el resto de mí, convirtiéndome en mármol inmortal. En lugar de ese pedazo de oscuridad hecha añicos que era mi corazón ahora, esa oscuridad que dejaba escapar su purulencia, que contaminaba el resto de mi ser.

Cuando volví a deslizarme hacia el dormitorio en penumbra, Tamlin seguía durmiendo, el cuerpo desnudo tendido sobre el colchón. Durante un momento, admiré los músculos poderosos de esa espalda, realzados con tanto amor por la luz de la luna; el cabello rubio, enredado por el sueño y los dedos que yo le había pasado por la cabeza mientras hacíamos el amor.

Por él, había hecho todo eso; por él, me había perdido voluntariamente, a mí misma y a mi alma inmortal.

Y ahora tenía que vivir durante toda una eternidad.

Seguí avanzando hacia la cama, cada paso más entumecido, más pesado que el anterior. Las sábanas estaban frías y secas y yo me deslicé entre ellas, de espaldas a Tamlin, y me rodeé el cuerpo con los brazos. Con el oído fae, a veces me preguntaba si había habido un cambio en la respiración de Tamlin, apenas un instante. Nunca había tenido el valor de preguntarle si en realidad estaba despierto.

Él no se despertaba cuando las pesadillas me arrastraban fuera del sueño; no se despertaba cuando, noche tras noche, yo vomitaba todo lo que había comido. Si él lo sabía, si me oía, no decía nada al respecto.

Yo sabía que a él lo perseguían sueños similares; que lo sacaban del descanso con tanta frecuencia como a mí. La primera vez que pasó, me desperté y traté de hablarle. Pero él me rechazó, me apartó la mano de su cuerpo, la piel cubierta de transpiración, y de pronto, ahí estaba esa bestia de pelo y garras y cuernos y colmillos. Se pasó el resto

de la noche tendido frente a la puerta, vigilando la pared de ventanales.

Desde entonces, había pasado así muchas noches.

Enroscada en la cama, me tapé con las mantas; necesitaba esa tibieza para defenderme de la noche fría. La situación se había transformado en un trato establecido sin palabras: no dejar que Amarantha ganara la partida, reconociendo que seguía atormentándonos tanto en nuestros sueños como cuando estábamos despiertos.

De todos modos, era más fácil no tener que explicar. No tener que decirle a Tamlin que, aunque yo lo había liberado, aunque había salvado a su pueblo y a todo Prythian de Amarantha, eso me había destrozado.

Y que no pensaba que la eternidad fuera suficiente para curarme.

CAPÍTULO

2

—Quiero ir.

—No.

Crucé los brazos, escondiendo la mano con el tatuaje bajo la axila izquierda, y separé un poco los pies sobre el polvo de la entrada de las caballerizas.

—Hace ya tres meses. No pasó nada y la aldea no está ni a diez kilómetros de dista...

—No.

El sol de media mañana entraba por debajo de la puerta de las caballerizas y hacía brillar el cabello dorado de Tamlin mientras él terminaba de acomodarse la bandolera de dagas sobre el pecho. La cara —toscamente hermosa, exactamente como la había soñado yo en los largos meses en que él había usado la máscara— estaba tensa; los labios apretados en una línea fina.

Por detrás, ya sobre el caballo tordo, junto con otros centinelas fae, Lucien meneaba la cabeza sin decir nada en un gesto de advertencia, el ojo de metal entrecerrado. «No lo presiones», parecía estar diciéndome.

Pero cuando Tamlin se fue caminando a zancadas hacia el semental negro ya ensillado, apreté los dientes y lo seguí, furiosa.

—La aldea necesita toda la ayuda que pueda recibir.

—Y nosotros seguimos cazando a las bestias de Amarantha —dijo él y montó en un único movimiento. A veces, yo me preguntaba si los caballos no serían para mantener un aspecto de civilización, de normalidad. Para fingir que ellos no eran capaces de correr más rápido, que no vivían a medias como los animales del bosque. Cuando el se-

mental empezó a andar, los ojos verdes de Tamlin parecían pedacitos de hielo.

—No tengo los centinelas que necesitaría para escoltarte.

Sujeté la rienda de su montura.

—No necesito escolta. —Se me tensó la mano sobre el cuero, obliqué al caballo a detenerse y el anillo dorado con la esmeralda cuadrada que yo llevaba en el dedo brilló bajo el sol.

No habían pasado ni dos meses desde que Tamlin me pidiera en matrimonio, dos meses en los que había tenido que aguantar presentaciones sobre flores y ropa, disposición de los invitados y comida. Había habido un respiro corto un mes antes, gracias al solsticio de invierno, pero en ese período yo no había hecho otra cosa que cambiar la contemplación de las puntillas y la seda por la de las coronas y las guirnaldas de la celebración. De todos modos, había sido un alivio.

Tres días de fiesta, bebida, intercambio de regalos, que culminaron en una ceremonia interminable, más bien odiosa, sobre las colinas de la noche más larga del año para escoltar al mundo en su paso de un año a otro mientras el sol moría y volvía a nacer. O algo así. Celebrar una feria de invierno en un lugar que siempre estaba atrincherado en la primavera no había hecho mucho para mejorar mi falta general de alegría festiva.

Yo no había prestado demasiada atención a las explicaciones sobre el origen de la misma, y los fae debatían todavía si la costumbre había surgido en la Corte Invierno o en la Corte Día. Las dos reclamaban esa fecha como la fiesta más sagrada. Lo único que me importaba a mí era que durante esa noche interminable, había tenido que tolerar dos ceremonias: una, durante la puesta del sol antes de la infinita entrega de regalos y el baile y la bebida en honor de la muerte del sol viejo; y la otra, durante el amanecer siguiente, con los ojos rojos y los pies doloridos, para dar la bienvenida al sol renacido.

Ya era suficientemente malo que se me hubiera pedido que estuviera de pie frente a los cortesanos reunidos y los inmortales de menor alcurnia mientras Tamlin llevaba a cabo sus muchos brindis y saludos. Yo había olvidado convenientemente mencionar que mi cumpleaños también caía en esa noche, la más larga del año. Ya había recibido bastantes regalos y sin duda recibiría muchos más el día de la boda. Y no veía la utilidad que pudiera tener todo eso..., esas cosas.

Ahora solamente quedaban dos semanas entre ese momento y la ceremonia. Si yo no salía de la mansión, si no tenía un día o dos de cualquier otra cosa que no fuera gastar el dinero de Tamlin y que me arrastraran a...

—Por favor. Los esfuerzos para la recuperación de la aldea son tan lentos... Podría cazar para llevarles algo de comida...

—No es seguro —repitió Tamlin, y espoleó al caballo para que volviera a andar. El pelo del animal brillaba como un espejo negro, incluso a la sombra de las caballerizas—. Especialmente para ti.

Había dicho esto cada vez que teníamos esa discusión, cada vez que yo le rogaba que me dejara ir hasta la aldea más cercana de los altos fae para ayudar a reconstruir lo que había quemado Amarantha en los últimos años.

Lo seguí hacia el día brillante, sin nubes, fuera de las caballerizas; la hierba que cubría las colinas cercanas ondulaba en la suave brisa.

—Todos quieren volver, todos quieren un lugar donde vivir...

—Y todos te ven como a una bendición..., una hacedora de estabilidad. Si te pasara algo... —Se quedó en silencio mientras detenía el caballo en el borde del sendero de tierra que lo llevaría a los bosques del este. Lucien lo esperaba unos metros más allá—. No tiene sentido reconstruir nada si las criaturas de Amarantha atraviesan estas tierras y lo destruyen todo otra vez.

—Los muros están de pie...

—Algo se coló en su interior antes de que los arregláramos. Ayer Lucien estuvo persiguiendo a cinco naga.

Volví la cabeza hacia Lucien, que se encogió de hombros. No me lo había contado durante la cena la noche anterior. Había mentido cuando le pregunté por qué renqueaba. Se me revolvió el estómago, no solamente por la mentira sino por... por los naga. A veces soñaba con la sangre de esas criaturas sobre mí cuando los maté, con esas caras burlonas de serpiente mientras trataban de llevarme hacia el bosque.

Tamlin dijo con suavidad:

—No puedo hacer lo que debo si estoy preocupado por tu seguridad.

—Estaré bien. —Como alta fae, con mi fuerza y mi velocidad, tenía una buena oportunidad de escapar si pasaba algo.

—Por favor, por favor, te pido que hagas esto por mí, esto nada más —insistió Tamlin y acarició el cuello del semental, que pedía rienda con impaciencia. Los otros ya habían puesto los caballos a un trote cómodo; el primero estaba ya casi dentro de la sombra del bosque. Tamlin movió el mentón de alabastro hacia la mansión que acechaba detrás de mí—. Estoy seguro de que hay cosas en las que podrías ayudar en la casa. O podrías pintar. Probar el nuevo material de pintura que te regalé en el solsticio de invierno.

Yo tenía que resolver cuestiones de la planificación de la boda en casa; Alis se negaba a dejarme mover ni un dedo. No por quién era yo para Tamlin, por lo que iba a ser para él muy pronto, sino por lo que había hecho por ella, por sus chicos, por Prythian. Todos los sirvientes se portaban de la misma forma conmigo; algunos incluso volvían a llorar de gratitud cuando se cruzaban conmigo en los pasillos. Y en cuanto a pintar...

—De acuerdo —asentí con decepción. Me obligué a mirarlo a los ojos, a sonreír—. Ten cuidado —dije, y lo decía en serio. La idea de que él saliera a los bosques, a cazar a los monstruos que una vez habían servido a Amarantha...

—Te amo —susurró Tamlin con tranquilidad.

Asentí y murmuré una respuesta mientras él trotaba hasta donde seguía esperándolo Lucien, con el ceño levemente fruncido. No me quedé a verlos partir.

Me tomé un tiempo para regresar por los jardines mientras los pájaros de la primavera gorjeaban con alegría y la grava crujía bajo los delicados zapatos.

Odiaba los vestidos brillantes que se habían convertido en mi uniforme diario, pero no tenía corazón para decírselo a Tamlin, no cuando él había comprado tantos y parecía tan feliz de verme elegir uno de ellos. No cuando sus palabras no estaban lejos de la verdad. El día en que me pusiera la túnica y los pantalones de siempre, el día en que me colgara armas como si fueran joyas, eso enviaría un mensaje claro hasta muy lejos en estas tierras. Así que yo me ponía los vestidos y dejaba que Alis me arreglara el pelo, aunque solo fuera para comprar a todos algo de paz y comodidad para este pueblo.

Por lo menos, Tamlin no estuvo en desacuerdo con la daga que yo llevaba a un costado, sostenida por un cinturón enjoyado. Me la había regalado Lucien, la daga quiero decir, en los meses anteriores a Amarantha; el cinturón, en las semanas después de su caída, cuando yo llevaba la daga a todos lados. «Si vas a armarte hasta los dientes, por lo menos, que te quede bien», había dicho.

Y sin embargo, aunque hubiera reinado la estabilidad durante cien años, yo dudaba de que me despertase una mañana y no ciñera ese cuchillo sobre mi cadera.

Cien años.

Sí, tenía eso..., tenía siglos frente a mí. Siglos con Tamlin, siglos en este lugar hermoso, tranquilo. Tal vez consiguiera entenderme a mí misma en ese camino. Tal vez no.

Me detuve frente a la escalera que llevaba a la casa cubierta de hie-

dra y rosales y miré hacia la derecha..., al jardín de rosas y las ventanas detrás de él.

Solamente una vez había puesto un pie en mi viejo estudio de pintura después de volver.

Y todas esas pinturas, todos los colores y materiales, todas esas telas en blanco que me esperaban para recibir historias y sueños y sentimientos... Los odié. Un momento después, salí de la habitación y no volví jamás.

Había dejado de apreciar color y textura y sentimiento, había dejado de notarlos. Apenas si conseguía mirar las pinturas que colgaban en las paredes de la casa.

Una voz suave, femenina, gorjeó mi nombre desde las puertas abiertas de la mansión, y la tensión que yo sentía en los hombros se aflojó un tanto.

Ianthe. La alta sacerdotisa, además de alta fae y amiga de la infancia de Tamlin, que había tomado la responsabilidad de ayudar a planificar las festividades de la boda. Y que había decidido adorarnos a mí y a Tamlin como si los dos fuéramos dioses recién creados, bendecidos y elegidos por el Caldero.

Pero yo no me quejaba... Ianthe conocía a todos en la corte y fuera de ella. Se había quedado conmigo en distintas ceremonias y cenas, dándome detalles sobre los que venían, y era la mayor razón por la que yo había sobrevivido al remolino alegre del solsticio de invierno. Después de todo, ella había presidido varias ceremonias, y yo fui más que feliz dejándole elegir qué forma debían tener las guirnaldas y coronas de flores que adornarían la mansión y los jardines, qué vajilla de plata complementaba mejor cada comida...

Tamlin era el que pagaba mi ropa, y el ojo de Ianthe el que la seleccionaba. Ella era el corazón del pueblo, ordenada por la Mano de la Diosa para alejarnos de la desesperación y la oscuridad.

Yo no estaba en una posición que me permitiera dudar de ella. Hasta el momento, Ianthe no me había llevado hacia ningún desastre y yo aprendí a temer los días que ella estaba ocupada en su propio templo, lejos, en los jardines, supervisando acólitos y peregrinos. Sin embargo, hoy... Sí..., pasar un rato con Ianthe era mejor que cualquier otra alternativa.

Me levanté las faldas del vestido color rosado aurora con una mano y ascendí la escalera de mármol hacia la casa.

La próxima vez, me prometí. La próxima vez convencería a Tamlin de dejarme ir a la aldea.

—Ah, no, no vamos a dejar que ella se siente tan cerca de él. Se harían pedazos y nos mancharían de sangre los manteles de lino. —Por debajo de la capucha pálida, entre azul y gris, Ianthe frunció el ceño, arrugando el tatuaje que mostraba varias etapas del ciclo de la luna. Escribió el nombre que había borrado unos momentos antes en uno de los esquemas de ubicaciones en las mesas.

El día se había puesto templado, en la habitación hacía un poco de calor a pesar de la brisa que entraba por las ventanas. Pero ella seguía con la pesada túnica puesta.

Todas las altas sacerdotisas, aunque no fueran matronas, usaban túnicas ondulantes, recogidas con arte y formadas por varias capas de tela. La cintura estrecha de Ianthe destacaba con claridad, ceñida por un cinturón fino de piedras color azul celeste, piedras límpidas, cada una un óvalo perfecto, sostenidas por una filigrana de plata que brillaba bajo la luz. Y sobre la capucha, una diadema haciendo juego, una banda delicada de plata con una piedra grande en el centro. Debajo de la diadema llevaba una pieza de tela doblada, pensada para dejarla caer sobre la frente y los ojos cuando necesitara rezar, rogarle al Caldero y a la Madre o pensar.

Una vez me mostró el aspecto de esa tela cuando se bajaba sobre la cara, dejando visibles solamente la nariz y la boca sensual. La Voz del Caldero. Esa imagen me había puesto nerviosa: con la parte superior de la cara cubierta había convertido a la hembra brillante, astuta, en una esfinge, en otra persona. Por suerte, la mantenía doblada hacia arriba la mayor parte del tiempo. De vez en cuando, hasta se sacaba la capucha por completo para que el sol jugara con el cabello largo, dorado, levemente ondulado.

Los anillos de plata brillaron sobre sus dedos perfectamente cuidados cuando volvió a escribir un nombre.

—Es como un juego —dijo, e inspiró por la nariz respingona—. Todas estas piezas que compiten por poder o dominación, todas dispuestas a derramar sangre si hace falta. Seguramente para ti es una cosa muy extraña.

Tanta elegancia, tanta riqueza, pero el salvajismo seguía ahí. Los altos fae no eran la nobleza de risa tonta tan común en el mundo mortal. No. Si se peleaban, el asunto terminaría sin duda con alguien convertido en trozos sanguinolentos. Literalmente.

Una vez yo llegué a temblar de miedo al verme obligada a compartir el espacio con ellos.

Flexioné los dedos y los tatuajes me escocieron cuando se estiraron y contorsionaron.

Ahora era capaz de pelear junto con los fae o contra ellos. No es que quisiera intentarlo, por supuesto.

Estaba demasiado vigilada, demasiado vigilada y excesivamente juzgada. Si había vuelto la paz, ¿por qué aprendía a pelear la novia del alto lord? Ese había sido el razonamiento de Ianthe cuando cometí el error de mencionarlo en la cena. Para darle crédito, Tamlin apuntó razones en ambos sentidos: yo había aprendido a protegerme a mí misma y eso estaba bien..., pero los rumores correrían con rapidez.

—Los humanos no son mucho mejores —dije al final. Y porque Ianthe era casi la única entre mis nuevos compañeros que no parecía particularmente atónita o asustada frente a mí, traté de charlar con ella y afirmé—: Probablemente, mi hermana Nesta encajaría muy bien.

Ianthe inclinó la cabeza, y la luz del sol hizo brillar la piedra azul que llevaba sobre la capucha.

—¿Van a venir tus parientes mortales?

—No. —Yo no había pensado en invitarlos..., no había querido exponerlos a Prythian. O al ser en que me había convertido.

Ella repiqueteó varias veces con un dedo fino, largo, sobre la mesa.

—Pero ellos viven cerca del muro, ¿verdad? Si fuera importante para ti tenerlos aquí, Tamlin y yo podríamos garantizarles un viaje seguro.

En las horas que habíamos pasado juntas, yo le había contado mucho sobre la aldea y la casa en la que vivían mis hermanas, también acerca de Isaac Hale y Tomas Mandray. No había sido capaz de mencionar a Clare Beddor... ni de contar lo que le había pasado a su familia.

—Con todo lo que vio —dije, luchando contra el recuerdo de esa chica humana y lo que le habían hecho—, mi hermana Nesta detesta a tu especie.

—Nuestra especie —corrigió Ianthe con tranquilidad—. Eso ya lo discutimos.

Yo me limité a asentir.

Pero ella siguió:

—Somos antiguos y astutos y disfrutamos usando palabras como cuchillos y garras. Van a juzgar cada una de las palabras que salgan de tu boca, Feyre, van a juzgar la construcción de cada frase y seguramente van a usarlas contra ti. —Como para suavizar la advertencia, agregó—: Tienes que estar en guardia, lady.

Lady. Un nombre sin sentido. Nadie sabía cómo llamarme. Yo no había nacido alta fae. Estaba hecha, revivida, el nuevo cuerpo fabricado por los Siete Lores de Prythian. Por lo que sabía, no era la compañera de Tamlin. No nos habíamos apareado..., todavía.

Honestamente..., Ianthe, con ese cabello largo, dorado, esos ojos

majestuosos, esos rasgos elegantes y ese cuerpo flexible, se parecía más a lo que habría debido ser la compañera de Tamlin. Hubiera debido aparearse con ella. Con una igual. Una unión con Tamlin —un alto lord y una alta sacerdotisa— habría enviado un mensaje claro de fuerza a cualquiera que amenazara nuestras tierras. Y habría asegurado el poder que, sin duda, quería Ianthe para sí misma.

Entre los altos fae, las sacerdotisas supervisaban las ceremonias y los rituales, registraban las historias y leyendas y aconsejaban a los lores y ladies en asuntos importantes y otros menores. Yo no había visto ninguna magia en ella, pero cuando le pregunté a Lucien, él frunció el ceño y dijo que la magia surgía en las ceremonias y podía llegar a ser totalmente letal si ella lo deseaba. Traté de descubrir señales de ese poder en el solsticio de invierno, noté la forma en que se situó Ianthe para que el sol le cubriera los brazos levantados, pero no noté ondas ni sonidos de poder. De ella o de la tierra que teníamos bajo los pies.

No sé lo que había esperado de Ianthe, una de las doce altas sacerdotisas que gobernaban con sus hermanas todos los territorios de Prythian. Anciana, célibe y callada, hasta ahí habían llegado mis expectativas, marcadas por las leyendas mortales; y entonces, Tamlin anunció que una vieja amiga suya iba a ocupar y renovar el complejo de templos abandonados de nuestras tierras. Pero al día siguiente, Ianthe entró en nuestra casa como una brisa fresca que atropelló instantáneamente todas esas expectativas. Sobre todo, la de «célibe».

Las sacerdotisas se casaban, tenían hijos, podían divertirse como quisieran. Hubiera sido una deshonra para la fertilidad, ese don del Caldero, ponerles llave a sus instintos, a esa magia inherentemente femenina de traer vida al mundo, me había dicho Ianthe una vez.

Así que mientras los siete altos lores regían Prythian desde sus tronos, las doce altas sacerdotisas lo hacían desde los altares; sus hijos tan poderosos y respetados como cualquier descendiente de lores. Ianthe, la más joven en tres siglos, seguía sin casarse, sin hijos, lista para «disfrutar a los machos más finos que tiene para ofrecer esta tierra».

Muchas veces, yo me preguntaba cómo sería ser así de libre y así de firme.

Cuando no contesté a su dulce reproche, Ianthe dijo:

—¿Has pensado en el color de las rosas? ¿Blancas? ¿Rosadas? ¿Amarillas? ¿Rojas...?

—Rojas no.

Odiaba ese color más que ninguna otra cosa en el mundo. El cabello de Amarantha, la sangre, las curvas en el cuerpo quebrantado de Clare Beddor, clavado a la pared en Bajo la Montaña.

—Terracota podría quedar bonito, con todo el verde... Pero tal vez es demasiado Corte Otoño... —Otra vez el dedo tamborileando sobre la mesa.

—El color que quieras. —Si hubiera sido sincera conmigo misma, habría tenido que admitir que Ianthe se había convertido en un dolor de cabeza. Pero parecía dispuesta a hacerlo todo... y se preocupaba cuando yo no conseguía hacerlo.

Sus cejas se enarcaron un poquito.

A pesar de ser alta sacerdotisa, ella y su familia habían escapado a los horrores de Bajo la Montaña. Literalmente: se habían ido. Su padre, uno de los aliados más poderosos de Tamlin en la Corte Primavera y capitán de las fuerzas, sintió que venían tiempos turbulentos y se llevó a Ianthe, a su madre y a dos hermanas más jóvenes a Vallahan, uno de los incontables territorios de los inmortales del otro lado del océano. Vivieron escondidos en la corte extranjera durante cincuenta años mientras el pueblo moría asesinado y esclavizado.

Ella no lo había mencionado ni una sola vez. Y yo sabía muy bien que no debía preguntar.

—Cada uno de los detalles de la boda es un mensaje, no solo para Prythian sino para el mundo entero —dijo. Ahogué un suspiro. Ya lo sabía..., me lo había dicho antes otras veces—. Sé que no te gusta mucho el vestido...

Eso era un eufemismo. Yo odiaba la monstruosidad de tul que ella había seleccionado. Tamlin también, aunque se rio hasta las lágrimas cuando se lo mostré en la privacidad de mi habitación. Pero me dijo, muy serio, que aunque el vestido pareciera absurdo, la sacerdotisa sabía lo que estaba haciendo. Yo hubiera querido seguir con el asunto; disgustada por el hecho de que él estuviera de acuerdo conmigo pero se hubiera puesto del lado de ella... El problema era que eso requería más energía de la que valía la pena consumir.

Ianthe siguió diciendo:

—Ese vestido dice lo que hay que decir. Me pasé un tiempo en las otras cortes para aprender cómo funciona todo esto. Confía en mí.

—Confío en ti —le aseguré y señalé vagamente los papeles que teníamos delante—. Tú sabes cómo hacer estas cosas. Yo no.

La plata tintineó en la muñeca de Ianthe, tan parecida a los brazaletes que usaban los hijos de los benditos del otro lado del muro, tan parecida, que a veces me preguntaba si esos humanos no habrían sacado la idea de las altas sacerdotisas de Prythian..., si habría sido una sacerdotisa como Ianthe la que había promulgado esa estupidez entre los humanos.

—Es un momento importante también para mí —dijo Ianthe ajustándose con cuidado la diadema sobre la capucha. Los ojos verdeazules se fijaron en los míos—. Tú y yo somos tan parecidas..., tan jóvenes, no nos hemos probado todavía entre estos... estos lobos. Os estoy agradecida, a ti y a Tamlin, por permitirme presidir esta ceremonia, por invitarme a trabajar con esta corte, por ser parte de esta corte. Las otras altas sacerdotisas no me aprecian demasiado, ni yo a ellas, pero... —Meneó la cabeza; la capucha se movió con ella—. Juntos —murmuró— los tres, unidos, somos formidables. Los cuatro, si contamos a Lucien. —Expulsó aire con fuerza por la nariz—. No porque él quiera tener mucho que ver conmigo...

Esa afirmación llevaba a alguna parte, sin duda.

A menudo, Ianthe encontraba formas de mencionar a Lucien, de acorralarlo en las reuniones, de tocarle el hombro o el codo. Él la ignoraba. Unos días atrás le pregunté si pensaba que ella le había echado el ojo, y Lucien me miró, hizo una mueca y después se alejó a grandes zancadas. Yo lo tomé como un sí.

Una unión con Lucien habría sido casi tan beneficiosa como una con Tamlin; la mano derecha de un alto lord y, además, hijo de otro alto lord... Cualquier hijo que pudieran tener habría sido poderoso, envidiado.

—Tú sabes que es difícil para él... cuando hay hembras involucradas —afirmé sin utilizar ningún tono en especial.

—Ha estado con muchas hembras desde la muerte de su amor.

—Tal vez contigo es diferente, tal vez significaría algo para lo que él no está preparado. —Me encogí de hombros, buscando las palabras adecuadas—. Tal vez por eso no quiere acercarse.

Ella pensó lo que le había dicho y yo recé para que comprara mi media mentira. Ianthe era ambiciosa, inteligente, hermosa y valiente, pero yo no creía que Lucien la hubiera perdonado ni la perdonase nunca por huir durante el reinado de Amarantha. A veces me preguntaba sinceramente si mi amigo le cortaría el cuello por eso.

Finalmente, Ianthe asintió.

—Por lo menos ¿estás emocionada con la boda?

El día que Tamlin me pidió que me casara con él, me sentí emocionada, sí. Había llorado de alegría mientras le decía que sí, sí, mil veces sí, y hacíamos el amor en el campo de flores silvestres al que él me había llevado para la ocasión.

Ianthe asintió.

—La unión está bendecida por el Caldero. Tu supervivencia a los horrores de Bajo la Montaña es una prueba.

Y entonces vi la mirada que me dirigió..., directa a los tatuajes de la mano izquierda.

Tuve que hacer un esfuerzo para no esconder la mano debajo de la mesa.

El tatuaje que ella llevaba en la frente estaba trazado en una tinta azul medianoche, pero de alguna forma le quedaba bien, parecía acen-
tuar los vestidos femeninos, las joyas de plata brillante. A diferencia de la brutalidad elegante del mío.

—Podríamos conseguirte guantes —me propuso como quitándole importancia al asunto.

Y eso enviaría otro mensaje... tal vez a la persona que yo deseaba tan desesperadamente que se hubiera olvidado de mi existencia.

—Me lo pensaré —dije con una sonrisa tranquila.

Era lo único que se me ocurría para no salir corriendo antes de que terminara la hora e Ianthe flotara hacia su propia habitación de plegaria —regalo de Tamlin cuando ella volvió a la Corte Primavera— para ofrecer el agradecimiento que se le manifestaba al Caldero todos los mediodías por la liberación de nuestra tierra, mi triunfo y la dominación asegurada de Tamlin sobre su tierra.

A veces pensaba en pedirle que rezara también por mí.

Que rezara para que un día yo aprendiera a amar los vestidos y las fiestas y mi papel de hermosa novia de mejillas sonrojadas.

Cuando Tamlin entró en mi habitación, silencioso como un ciervo a través del bosque, yo ya estaba en la cama. Levanté la cabeza buscando la daga que mantenía siempre en la mesita de noche, pero me relajé cuando vi esos hombros anchos, la luz de la vela que se le deslizaba sobre la piel bronceada y le hundía la cara en sombras.

—¿Estás despierta? —murmuró. Noté preocupación en su voz. Él había estado en el estudio desde la cena, resolviendo la pila de papeles que Lucien le había arrojado sobre el escritorio.

—No podía dormirme —dije, mirando cómo se le movían los músculos al caminar hacia el baño para lavarse. Había estado tratando de dormir durante una hora, pero cada vez que cerraba los ojos el cuerpo se me tensaba y las paredes de la habitación parecían cernirse sobre mí. Había abierto las ventanas, pero... esa iba a ser una noche muy larga.

Volví a apoyar la cabeza sobre las almohadas, escuchando los sonidos firmes, eficientes de Tamlin, que se preparaba para acostarse. Tenía su dormitorio independiente porque sabía que, para mí, era vital tener mi propio espacio.

Pero dormía conmigo a noches alternas o incluso con más frecuencia. Yo nunca había visitado su cama todavía, aunque me preguntaba si nuestra noche de bodas cambiaría eso. Rezaba por no despertarme bruscamente y vomitar sobre las sábanas cuando no reconociera el lugar en el que estaba, cuando no supiera si aquella oscuridad era permanente.

Tal vez esa era la razón por la que él no había intentado imponer nada a ese respecto todavía.

Entró en la habitación, la túnica y la camisa flotando en la brisa, y yo me apoyé sobre los codos para verlo detenerse al borde de la cama.

Mi atención fue directamente hacia los dedos fuertes, hábiles, que desabrocharon el pantalón.

Dejó escapar un ruidito de aprobación y yo me mordí el labio inferior mientras él se quitaba los pantalones y después la ropa interior, revelando su virilidad gruesa, orgullosa. Se me secó la boca y arrastré la mirada hacia arriba, hacia el torso musculoso, la superficie del pecho, y entonces...

—Ven —gruñó Tamlin, con tanta rudeza que incluso esa única palabra fue difícil de discernir.

Aparté las mantas, dejando descubierto mi cuerpo desnudo, y él jadeó con fuerza.

Los rasgos se le llenaron de hambre furiosa mientras yo me arrastraba a través de la cama y me levantaba sobre las rodillas. Le tomé la cara entre las manos, la piel dorada enmarcada por dedos de marfil y ondulado cabello negro, y lo besé.

Él me sostuvo la mirada durante el beso, incluso cuando yo me acerqué todavía más, y gimió cuando me rozó el vientre.

Las manos callosas del alto lord me tocaron las caderas, la cintura, después me sostuvieron mientras él bajaba la cabeza. Un roce de su lengua contra el borde del labio me hizo abrirme para él, abrirme del todo, y él entró reclamándome, marcándome como al ganado con su símbolo.

Entonces gemí, la cabeza hacia atrás para que pudiera besarme. Las manos me tomaron la cintura. Y luego se movieron para tocarme la espalda.

Eso..., ese momento..., cuando éramos él y yo y nada entre nuestros cuerpos...

Su lengua me rozó el paladar mientras me acariciaba con un dedo por el centro del cuerpo, y yo jadeé y se me arqueó la espalda.

—Feyre —susurró contra mis labios, el nombre como la plegaria más devota que las que hubiera ofrecido al Caldero ninguna Ianthé en la mañana oscura del solsticio.

La lengua volvió a recorrerme la boca, siguiendo el mismo ritmo que el dedo que había metido en mi interior. Las caderas se me movieron ondulantes. La palma de su mano acarició el grupo de nervios en el ápice de los muslos y yo gruñí su nombre temblando.

Lancé la cabeza hacia atrás, aspiré el aire fresco de la noche, y entonces sus manos me bajaron hacia la cama con dulzura, con delicadeza, con amor.

Se tendió sobre mí, bajó la cabeza hasta mis senos, y lo único que hizo falta fue una presión de los dientes sobre el pezón para que yo le clavara las uñas en la espalda, le rodeara el cuerpo con las piernas y él se acercara a lo que tengo entre ellas. Esto..., yo necesitaba esto.

Hizo una pausa, los brazos temblorosos mientras se sostenía sobre mí.

—Por favor —jadeé.

Él me pasó los labios por la mandíbula, el cuello, la boca.

—Tamlin —rogué. Me palmeó un seno, el dedo sobre el pezón. Yo gemí y se hundió en mí con una embestida enorme.

Durante un momento yo no fui nada, nadie.

Después nos fundimos, dos corazones que latían como uno, y me prometí que siempre sería así, los músculos de la espalda tensos bajo mis manos. Después volvió a caer sobre mí. Una y otra y otra vez.

Yo me rompí una y otra y otra vez contra él, mientras se movía y murmuraba mi nombre y me decía que me amaba. Y cuando el relámpago volvió a llenarme las venas, la cabeza, cuando jadeé su nombre, ahí llegó su propio alivio. Yo me aferré a él en cada una de esas oleadas de temblores, saboreé el peso de Tamlin, el sentimiento de esa piel, esa fuerza.

Durante un rato la habitación se llenó solamente con el sonido jadeante de nuestras dos respiraciones.

Fruncí el ceño mientras él retrocedía, pero no se fue muy lejos. Se echó a mi lado, la cabeza apoyada en un puño, y con la otra mano trazó círculos lentos sobre el vientre, los senos.

—Lamento lo de antes —murmuró.

—Estoy bien —jadeé yo—. Lo entiendo.

No era una mentira, pero tampoco era totalmente cierto.

Los dedos de él llegaron más abajo, dibujando círculos cerca de las piernas.

—Tú... tú lo eres todo para mí —dijo con la voz pastosa—. Necesito... necesito que estés bien. Saber que no pueden tocarte..., que ya no van a hacerte daño de nuevo.

—Lo sé. —Los dedos bajaron más. Tragué saliva y dije de nue-

vo—: Lo sé. —Le aparté el pelo de la cara—. Pero ¿y tú? ¿Quién te protege a ti?

Se le tensó la boca. Apenas se recuperó, supo que él no necesitaba a nadie que lo protegiera, a nadie que lo defendiera. Casi pude ver las esposas invisibles de nuevo, no contra mí, sino contra la idea de lo que él había sido apenas meses antes: una criatura atada a los caprichos de Amarantha, el poder de la Corte Primavera apenas un arroyuelo comparado con la cascada que caía ahora a través de su cuerpo. Respiró hondo para tranquilizarse y se inclinó para besarme el corazón, justo entre los senos. Esa era respuesta suficiente.

—Pronto —murmuró, y los dedos volvieron a la cintura. Yo casi gemí—. Pronto vas a ser mi mujer y todo volverá a estar bien. Vamos a dejar todo esto en el pasado.

Arqueé la espalda, para pedirle que bajara la mano, y él dejó escapar una risita ronca. Casi ni me oí hablar cuando me moví para llevar sus dedos a ciertos lugares con una orden silenciosa.

—¿Y cómo van a llamarme, entonces?

Él me tocó el vientre, muy abajo, y se inclinó para ponerme la boca sobre el pezón.

—¿Mmmm? —preguntó, y ese rumor contra el pezón hizo que me retorciera...

—¿Me llamarán «la mujer de Tamlin»? ¿O voy a tener un título? Levantó la cabeza lo suficiente para mirarme.

—¿Quieres un título?

Antes de que yo pudiera contestar, me mordisqueó el seno, después lamió ese dolor leve..., lamió mientras sus dedos se me metían en el cuerpo. Me acarició despacio, con círculos tentadores.

—No —jadeé yo—. Pero no quiero que nadie... —Que el Caldero me llevara, ese dedo maldito...—. No sé si voy a poder tolerar que me llamen alta lady.

Los dedos volvieron a entrar en mí y él gruñó, satisfecho, por la humedad que sintió entre mis piernas, una humedad tanto suya como mía.

—No lo harán —me dijo con los labios contra la piel, y volvió a ponerse sobre mí y me llenó de besos—. No hay altas ladies.

Me tomó de los muslos para abrirme las piernas, bajó la boca y...

—¿Qué quiere decir eso de que no hay altas ladies?

El calor, el roce..., todo se detuvo.

Él me miró desde allí, desde abajo, entre mis piernas, y yo casi llegué al orgasmo con esa imagen. Pero lo que había dicho, lo que implicaba... Me besó el interior de los muslos.

—Los altos lores se casan. Toman consortes. Nunca hubo una alta lady.

—Pero la madre de Lucien...

—Ella es la lady de la Corte Otoño. No es una alta lady. Y tú vas a ser la lady de la Corte Primavera. Te van a llamar como la llaman a ella. Y van a respetarte como la respetan a ella.

Bajó la mirada hacia lo que estaba a centímetros de su boca.

—Así que la madre de Lu...

—En este momento no quiero oír ningún nombre de macho en esos labios —gruñó él, y bajó la boca contra mí.

Al primer contacto de su lengua dejé de discutir.